

EL TUERTO LOPEZ Y EL NACIONALISMO LITERARIO

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Esa mirada desganada con que los jóvenes de hoy y de ayer suelen dar a la literatura que les precede, más deseosos de innovar que de evolucionar la tradición, les ha hecho sonreír leyendo la sátira del poeta cartagenero. Mas nuestra posición hacia su poesía no ha de ser distraída. López, más que poeta humanista, es una posición estilística, un firme y sólido derrotero de la literatura nacionalista. Sin dejarse arrastrar del folclorismo barroco, ni del esoterismo, ha logrado mejor que Carrasquilla, encontrar la síntesis entre lo criollo y lo universal. Arranca de un personaje mundano cualquiera —un pregón, un remendador de alpargatas, una garita o un bodegón abandonado— y tomando de él todo el localismo, el sabor, el color y el olor de la provincia, exalta lo humano del mismo y lo proyecta en lo universal, desprovisto de ataduras criollas.

No es un descubrimiento del “tuerto”, enemigo acérrimo de lo trascendental, sino llana y simple observación de los grandes maestros de todas las épocas. Porque siempre la ecuación sencilla del arte está en descifrar lo humano que encierran las cosas humildes. Tarea que implica acendrada sensibilidad, vasta erudición, continuada labor de artesanía, desinteresada consagración estética.

¿Quién de nosotros no ha visto orinar un perro? Pero sólo él ha sabido aprovechar esta graciosa nota fisiológica en medio del ambiente parroquial y engazarla armoniosamente en el cuadro que forman la escotilla de un barco, el olor del alquitrán y la “luna como una astilla”. Igual podríamos decir de una ruana o de las piernas patizambas, siempre que el artista en su pesca literaria sepa encontrar en ellas el color y el momento que las universalicen. López, maestro en la descripción de paisajes lugareños, lo es también en resaltar sus rasgos universales. Podríamos ahondar un poco más en ese acierto de ver lo suyo proyectado en el patio ajeno, pero no es la ocasión de comentarios exhaustivos.

LITERATURA NACIONALISTA

La poesía del “tuerto” es un buen ejemplo de nacionalismo literario. No faltará quien se diga a sí mismo que hablar de nacionalismo literario en la poesía del “Tuerto”, es buscarle tres patas al gato. Esto sería cierto si por nacionalismo literario queremos significar una de las tantas

formas de "ismo" que pululan en nuestros días. Pero no si con estas palabras deseamos aludir al amor por lo propio, la autenticidad y la fidelidad de los temas terrígenos. Y el cariño por la patria —grande y pequeña— fue en el poeta una obsesión. A todo lo largo de su obra se repite insistentemente su apego al terruño, cuando en países lejanos o apenas unas horas ausente, sufre la añoranza por lo que ha dejado.

Dice:

*"Quien pudiera, olvidando la ciudad,
pasarse una semana de soledad,
de agreste soledad!"*.

Y a un amigo que lo extraña y le habla de exilio, responde zumbón:

*"Oh! no, no estoy en el exilio! Un día
me vine de mi tierra a esta nación,
como hubiese podido ir a Turquía.
lo mismo que a Sumatra o al Japón!"*.

Y si no hubiese jamás hablado de su amor a la tierra en todos y cada uno de sus poemas, bastaría el soneto a "*Mi ciudad nativa*", para dar un claro ejemplo del más puro nacionalismo. Es la total inmersión del poeta en la patria. Sabihondo en caminos de extrañas literaturas como lo demuestran los acápites de muchos de sus poemas, citando aquí y allá nombres y frases con la facilidad con que suda un negro en la proa de un bote bajo el sol, jamás se dejó arrastrar por la postura inverosímil de quienes con tan solo tartajear lenguas extrañas, asumen aires de galos o londinenses. Y si fuese tan solo una ostentosa exhibición de extranjerismo, podría perdonárseles. Sus ínfulas, desafortunadamente, los lleva a menospreciar al hombre de casa, hasta el grado de ignorar su existencia por considerarlo indigno de su arte. Mucho podemos aprender de quien siempre supo anteponer lo suyo a lo ajeno y a la par que removía las lacras sociales de sus conterráneos, sabía exaltar la bondad donde la hallaba.

LA HUMILDAD DEL ARTESANO

Ajeno al bullicio de la loa, tanto como a las críticas rabiosas de los "anónimos perros de alquería", cultivó la poesía callada pero tesonera. Sabía que el poeta debía sufrir la dura labor de recoger experiencias dolorosas y alegres en el escondido taller de artesano; sedimentar; acrisolar, y, luego, en la fugaz elaboración del verso, trasfundirse más que expresarse.

Siempre huyó de la tertulia que no incluyera a sus viejos amigos de el "*Bodegón*". Jamás se asomó a la redacción de un diario ni se le vió con poemas bajo el brazo en pos de un editor. En su tránsito cotidiano se confundía con el transeúnte ocasional, sin melena, ni capas, ni chiveras. Blanco el vestido, blancos los zapatos, blanco el sombrero, mas pare-

cía una descolorida estampa de viejos daguerrotipos coloniales que poderosa personalidad viviente. Mas fácil era conocerlo por uno cualquiera de sus sonetos ácidos que por sus palabras. Locuaz entre amigos y tragos de aguardiente, era tímido ante el advenedizo que deseaba ahondar en sus interioridades. Había aprendido, quien sabe dónde, que el arte puro es enemigo de la ostentación.

*“Más dejo al irme —amén de lo que dejo:
Salud, papel moneda— este librejo
y otros librejos sin literatura,*

*que no valen siquiera un estornudo,
para que tu lector, hueco y panzudo,
los tires al barril de la basura”.*

Así pensaba de sí mismo quien jamás se imaginó que con su escondida labor de artesanía, amando al hombre de su pueblo, daba la más grande lección de literatura.